



MÉLIDA 77

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

AÑO II.

Madrid, Viernes 15 de Marzo de 1878.

NÚM. 21.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: Un mes, 3 rs.; trimestre, 8; semestre, 15.—PROVINCIAS, directamente á la Administracion, trimestre, 10 rs.; semestre, 18.—En casa de los corresponsales, trimestre, 12 rs.; semestre, 22.
ULTRAMAR y EXTRANJERO: semestre, 40 rs.; un año, 75.

ADMINISTRACION: CALLE DE SAN MARTIN, LIBRERÍA DE PERDIGUERO.

SUMARIO.—Advertencia.—Explicacion del grabado.—Pío IX y Balmes.—La herida invisible.—El tabaco.—Extracto de la Gaceta.—Revista.—Miscelánea.—Correspondencia con los señores suscritores.—Charada.—Jeroglífico.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuya suscripcion está próxima á terminar se servirán renovarla para no experimentar retraso en el recibo de los números, pues esta Administracion dará de baja á los que no hagan la renovacion á tiempo.

EXPLICACION DEL GRABADO.

En medio del egoismo que caracteriza á nuestra época, en la que se ha llegado á hacer gala del mal, á deificar las pasiones y hasta la hipocresía del vicio, aún hay almas que, inspiradas por la fe, animadas por la esperanza de ver cumplida la más santa de las aspiraciones y encendidas en la llama del más puro de los amores, consagran su vida al ejercicio de la más santa de las virtudes: la caridad.

Esas almas privilegiadas, esas mujeres benditas, se llaman Hermanas de la Caridad.

Hermanas son porque su vocacion las hace hijas de un mismo origen, porque como hermanas viven y porque son por excelencia las hermanas de la humanidad.

Hermanas de la Caridad se llaman porque la Caridad, esa virtud nobilísima, es la que las ha engendrado en el seno de una madre que es todo caridad: la Iglesia Católica.

¡Ahl y qué grandes favores y cuántos beneficios debe la humanidad á estas humildes hijas de San Vicente de Paul. Ellas son el sosten, el alivio y el consuelo de esa innumerable familia de huérfanos que en los hospitales y en los campos de batalla sufren y mueren sin tener cerca de sí una madre, un hermano, una persona querida, y que han encontrado siempre el amor y la ternura de una madre, la solícitud de un hermano, en una de esas Hermanas de la Caridad, que tantas veces han sabido llegar al heroismo, dando hasta su propia vida

por salvar la vida de sus hermanos, consumando un sacrificio sublime que podríamos llamar el martirio de la Caridad.

Representar un grupo, una escena de la vida sencilla, ejemplarísima, santa, de esas benditas mujeres, es el asunto de nuestro grabado, tomado del bellissimo cuadro debido al génio del reputado pintor francés M. Gautier.

PÍO IX Y BALMES.

Muchos años hace que la Ciudad eterna esperaba con ansia que saliera del Quirinal el redentor de Israel, el futuro Pontífice que habia de representar á Jesucristo: en efecto, el 16 de Junio de 1846, á las tres de la tarde, el arzobispo de Imola, secretario escrutador del Conclave, leyó su nombre treinta y seis veces, y, pálido y tembloroso, cayó desfallecido... Era que Dios habia puesto sobre su frente la pesada corona de Cristo. Desde entónces el cardenal Mastai se llamó Pío IX.

Dos años despues, es decir, en 1848, el 9 de Julio, á las tres de la tarde, un hombre demacrado y pálido por el sufrimiento del espíritu, más que por los dolores del cuerpo, entregaba al Criador su alma en un rincón de España, que vistió luto y esparció coronas sobre el cadáver de ese hombre... Era que Balmes habia muerto, y lloraba la patria sobre la tumba de ese hijo. ¿Qué hay de comun entre esos dos hombres? ¿Qué lazo une á éste, que fué un sabio, con aquél que fué un santo?

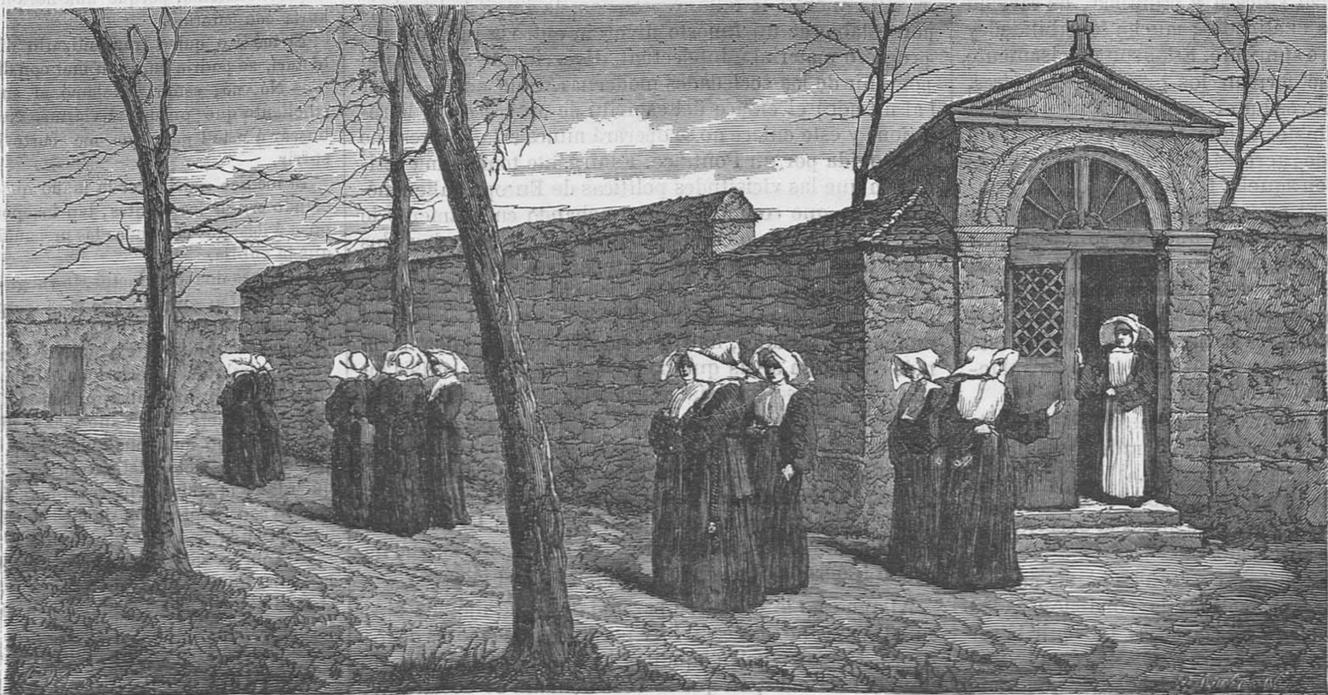
«Todos los grandes acontecimientos, buenos ó malos, están ligados con las cualidades personales de algunos hombres: cuando el cielo quiere derramar sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones ó la copa de su indignacion, se levantan hombres á propósito; ora brilla el génio, ora la santidad, ora un gran carácter; quizás el cielo permite que el criminal se encumbre, ó que el débil empuñe riendas que no puede manejar. Para trasformar el Oriente se presenta Alejandro el Grande; para convertir la República romana en Imperio, César Augusto; para verle perecer, Augústulo; para esclarecer el caos de la barbarie, Carlo-Magno; para oponer un dique á la corrupcion universal, San Gregorio VII y San Bernardo; para descubrir un nuevo mundo, Cristóbal Colon; para fundar el poderío de la monarquía de Felipe II, Isabel, Fernando, Cisneros; para la de Luis XIV, Enrique IV, Richelieu; para morir con ella, el bueno y débil Luis XVI; para la revolucion inglesa, Cromwell; para la de los Estados-Unidos, Washington; para extraviar las ideas en religion, Voltaire; para exaltar los ánimos en política, Rousseau; para impulsar la revolucion, Mirabeau, para dominarla Napoleon.» Estas palabras de Balmes siempre contestarán á los que hagan aquella pregunta; y aún á ellas puede añadirse: para dominar las tempestades del siglo XIX, Balmes y Pío IX.

Efectivamente, ese es el lazo comun de estos dos génios.

I.

En medio de la vertiginosa confusion en que estamos envueltos óyese repetir el nombre de Balmes, con entusiasmo y veneracion por los más; con indiferencia y despecho por los ménos; bien que éstos, más suelen ser alemanes que españoles, aunque abrieran sus ojos á la luz del hermoso sol que alumbrá á España. Pero he de decirlo con franqueza: antójaseme que á Balmes no le conoce ni aún su patria.

Llamósele desde el instante de su muerte esclarecido filósofo y distinguido publicista; como sabio le han admirado todos: mas ¿quién ha estudiado la



LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.—CUADRO DE M. GAUTIER.

vocacion de Balmes? ¿quién la ha comprendido? Hasta ahora lo ignoro.

Diez son las obras que dejó escritas, las cuales pueden dividirse en tres grupos: las filosóficas, las políticas y las religiosas. Cada uno de estos grupos tiene su tipo: en el primero, la *Filosofía fundamental*; en el segundo, el *Pío IX*; en el tercero, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. A decir verdad, esta obra fué la que le dió fama europea; no sin razon decia: «hé aquí mi obra;» no sin razon exclamaba cuando aún la tenía en proyecto: «era mi sueño dorado, mi ilusion, mi esperanza en este mundo.» Acerca de la *Filosofía fundamental* ha dicho un filósofo español que combatió á su autor: «Con grande loor España se gloria de ella, pues, á no engañarme, nada más sutil, nada más abstracto se ha escrito en nuestra época.» Y lo que es verdad es que Balmes decia: «No es otra cosa que la filosofía del Doctor Angélico, arreglada en presencia de las publicaciones conocidas sobre la materia en el siglo XIX.» Heróico valor se necesitaba para llamar á los filósofos hácia las doctrinas de Santo Tomás en el año 1846! Y, sin embargo, de tan magnífico ropaje se vistieron, que la obra de Balmes se tradujo á los principales idiomas de Europa.

Hasta aquí nada tengo que replicar. Desde temprana edad he oido llamar sabio á Balmes, y cuando á la lectura de sus obras me dediqué, comprendí que el mundo no se habia equivocado, pero noté que decia la verdad á medias. Balmes es más que un sabio, es un genio, es un hombre de aquellos que Dios envia, según él dijo, cuando se preparan grandes acontecimientos. ¿Se me exigen las pruebas? Leed su *Pío IX*.

Ese canto de muerte con que se despedia del mundo, arrancó á los artistas elogios sin medida; testigo Donoso Cortés. La lógica que brillaba en aquellas páginas de nadie fué contestada, y de todos reconocida: la oportunidad de la publicacion fué desaprobada por los amigos íntimos de Balmes; pero el fondo... ¡ah! el fondo del escrito causó una nube de folletos atacando al escritor y al hombre, nube que, condensada por los vapores de la prensa, tronó sobre la cabeza del sabio, le arrancó su aureola, le envolvió en injurias y le robó la vida: Balmes bajó á la tumba murmurando: «mi *Pío IX* no ha sido comprendido;» y la posteridad sobre esa tumba sentada aún, dice que la obra postrera de Balmes fué una *ilusion de la fe*.

Hé aquí el motivo en que me fundo para asegurar que nadie ha estudiado la vocacion de Balmes; que si así no fuera, el mundo conoceria que ese español preclaro fué el genio de la inteligencia católica en el siglo XIX.

No aventuro aserciones que no pueda probar. Examinemos su *Pío IX*.

Trece capítulos contiene; pero pueden sintetizarse considerando á Pío IX, su empresa, los obstáculos y los resultados de ella. Principiemos por preguntar, ¿de qué se trata? y luego escuchemos á Balmes: «Vano sería empeñarse en desconocerlo: estamos asistiendo á uno de los acontecimientos más graves, más trascendentales de que hay ejemplo en los fastos de la historia; el objeto es grande, colosal, inmenso; guardémonos de creerle pequeño. Quizá se pueda emplear aquí un dicho del conde de Maistre: esto no es un acontecimiento, es una época.» Esto se escribía el año 1847; hasta el presente han pasado treinta años, y con volver los ojos hácia el Pontificado de S. S. Pío IX se ve que, quien tal decia, ántes que sabio, era vidente; era profeta de aquellos que escogia Jehová para anunciar á su pueblo elegido los arcanos de su sabiduría.

¿Cómo juzgó Balmes á Pío IX? Bajo dos aspectos: como hombre y como Papa. Respecto de Mastai Ferretti dejó escritas estas palabras: «Es un hombre de costumbres severas, de piedad sincera y profunda, de caridad ardiente... reúne dos cualidades; mucha sensibilidad y completo imperio sobre sí mismo. Estas son precisamente las dos cualidades que forman los grandes caracteres, esos caracteres tan raros en el mundo.» Quien lea la historia de Mastai, historia que en 1847 hacía un año que se estaba formando, ¿creerá que las palabras citadas pudieron ser escritas en aquella fecha? Respecto del Pontífice así se expresa: «El nuevo Papa, por su edad y robustez, puede prometerse largos años de pontificado... será un Papa reformador en todos sentidos... bajo su pontificado será defendida con vigor la autoridad y la libertad de la Iglesia sin consideracion á injustas exigencias de las potestades de la tierra.» Y á quien esto veia á través de un cuarto de siglo, se le llenó de baldones y se le tachó de adulacion! ¡Cuánta miseria!

Hemos visto que los hechos han demostrado que Balmes conocia á Pío IX, y que con sobrada razon decia: «El Papa y yo nos hemos encontrado.» Veamos ahora si llegó á penetrarse de la empresa que acometió el Pontífice, si desconoció las dificultades que ésta encerraba y si erró en calcular sus resultados.

«Conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un

orden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras; desarrollar en los Estados Pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la trasformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacía espiritual con la soberanía temporal; es decir, una condicion que no podria faltar sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal.» Tal es el cuadro que ofrece Balmes á vista de Pío IX: el colorido nada deja que desear, mas la identidad entre el natural y el retrato es cosa que llena al corazon de asombro y le baña de gozo inexplicable. Pero el que así conocia la empresa, ¿desconocia los obstáculos? Escuchadle: «La empresa que ha acometido (el Papa) es tan árdua; se halla tan erizada de peligros, requiere tal combinacion de valor y de prudencia, de suavidad y de firmeza; exige atencion tan simultánea á tantos, tan variados, tan grandes objetos; puede contar con tantos embrazos, con tales ingraticitudes, con tal copia de sinsabores, de pesares, de amarguras, que el sólo intentarla, el concebirla, revela una grande alma.» Preguntad ahora, ¿dónde están los peligros? Balmes contestará: «En Roma, como en todas partes, se agitarán los perturbadores... hay revoltosos que procurarán abusar, es indudable... los miembros de la Consulta han sido escogidos por el gobierno... la guardia cívica está por ahora subordinada... la prensa propende al exceso... el espíritu público está conmovido... hay motivos para temer, mas tampoco faltan para esperar... Quizá sean más graves para el Gobierno pontificio las dificultades exteriores que las interiores. Los príncipes de Italia y la diplomacia de las altas potencias, le suscitarán tal vez mayores obstáculos que los revoltosos de su propio país. La revolucion veria con mucha complacencia que se introdujese la desconfianza entre los príncipes italianos; nada le conviene tanto como la discordia, y ésta será más fácil promoverla si consigue que de aquellos soberanos, unos representen el principio de reforma, otros un sistema estacionario... No es fácil que todos los soberanos de Italia se mantengan en el punto de cordura y firmeza reclamado por lo crítico de las circunstancias; no es imposible que unos cedan demasiado, y otros se pongan en actitud de desconfianza con respecto á la política de Roma.» Creo que más claro es imposible hablar; pero asimismo digo, que tampoco es posible ver más claro. Léase la historia; ¿qué nos dice? Que Pío IX fué dueño del movimiento que inició en sus Estados hasta que se cumplieron las predicciones de Balmes, es decir, hasta que Nápoles, representante de la política de resistencia, se apresura á otorgar una Constitucion pedida con las bayonetas en la mano; hasta que Toscana despues, tras del motin de Liorna, otorga otro Código parecido; y hasta que, por último, Cerdeña, representante de la política de unidad italiana, asustada por la revolucion francesa del 24 de Febrero, publica tambien una Constitucion. Entónces el 14 de Marzo Pío IX concede ó sus Estados el Estatuto, que nada tiene de comun con las Constituciones de los otros países, pues se diferencia en su principio fundamental, aunque convenga en ciertas formas y procedimientos. Luego es fuerza convenir en que Balmes tuvo la intuicion del genio.

Veamos, finalmente, si erró en calcular los resultados de la inmortal obra de Pío IX. «El mundo civilizado—decia—es inteligente, rico, poderoso, pero está enfermo; le falta moral; le faltan creencias; la impiedad trabaja por establecer un funesto divorcio entre la religion y el progreso material é intelectual, divorcio que amenaza al porvenir de las sociedades modernas. Sólo puede salvar (al mundo) el enlace del espíritu de progreso con la religion, y este enlace no se operará nunca si la empresa no es dirigida por un Pontífice. Es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Europa hallen menos cosas que commover, aprovechando cuerdamente lo que haya de bueno en el espíritu moderno para dar á las ideas una direccion justa y preparar á los hechos una trasformacion pacífica.» ¿Qué dicen los hechos? Que desde 1847 en que esto escribía el filósofo español, hasta los momentos actuales, han transcurrido treinta años de la más espantosa crisis que han visto los siglos: crisis en que el progreso material é intelectual sostiene terrible lucha con el Catolicismo; crisis en que el espíritu moderno se opone tenazmente á lo que de saludable encierra la tradicion de los tiempos pasados; y sin embargo, ni España, ni Francia, ni Austria, ni otra alguna nacion católica ó protestante puede decir como Pío IX: «Yo he adunado la religion con el progreso de tal suerte, que he hecho imposible éste si no se ampara de aquélla.»

Al que esto le pareciese paradoja porque fije sus ojos en el Vaticano, rodeado hoy por los depredadores de los Alpes, ruégole vuelva aquéllos hácia la proposicion última del *Syllabus*, en que la Sede romana se declara incompatible con la moderna civilizacion, y recuerde que la historia de la Iglesia enseña, que á semejanza de Dios

que del mal hace surgir el bien, de cada error condenado saca el Catolicismo una verdad fundamental, sobre la cual se asienta más inmutable. Y al que dudare de la pacífica transicion del tiempo pasado con el espíritu moderno, yo le suplico que traiga á la memoria un hecho bien elocuente del reinado de Pío IX: mientras que con innobles manejos y astuta perfidia la Casa de Saboya alentaba todas las pasiones y subvencionaba á Garibaldi para que armara sus hordas, destinadas á ser la vanguardia de los ametralladores de la Puerta Pia, el Pontífice-Rey gobernaba sus Estados con un régimen establecido de *motu proprio* en 18 de Setiembre de 1849, y así transcurrió un año sin que potencia alguna protegiera el territorio pontificio, que no pudo ser arrastrado al desorden sino ocupándole las feroces bandas de Garibaldi. ¿Qué quiere decir esto? que si bajo la presion de un gobierno vecino y poderoso revolucionario, el poder temporal del Papa por sí mismo vivió más de un año, sin influencias malignas puede vivir independiente á través de los tiempos y de las evoluciones del espíritu del siglo. ¿Qué quiere decir esto? que la obra de Pío IX ha dado los resultados que Balmes esperaba y anunció al decir que «el desarrollo de un espíritu público, que por sí solo y sin auxilio de las bayonetas extranjeras, baste á contener una revolucion, y á sostener el gobierno temporal del Pontífice, es un pensamiento digno de un Papa, y además, es un pensamiento necesario.» Pues bien; esta necesidad se llenó, y el año 1867 probó á la faz del mundo, que gracias á Pío IX, el patrimonio de San Pedro, en los modernos tiempos, puede ser robado, pero no alzado contra su legítimo Soberano.

Queda, pues, demostrado que Balmes no se equivocó: su obra postrera, su «obra predilecta,» como él la llamaba, no es la *ilusion de la fe*; es, sí, el arranque del genio; que genio se llama al heroismo de la inteligencia, y «el heroismo no deja de serlo por haber sido desgraciado,» según observa el mismo autor de Pío IX. Pero ántes de concluir he de decir dos palabras. ¿Por qué el *Protestantismo* y la *Filosofía fundamental* cubrieron á Balmes de gloria y el *Pío IX* le cubrió de oprobio?

(Se concluirá.)

J. B.

LA HERIDA INVISIBLE.

Uno de los médicos más célebres de Pesh, el doctor K..., se vió obligado una mañana á recibir muy temprano una visita urgente. El hombre que aguardaba en la antesala le hizo decir con el sirviente que cualquier demora constituia para él un peligro.

El médico se envolvió con presteza en su bata é hizo entrar al cliente.

Se encontró en presencia de un hombre que le era completamente desconocido, pero que pertenecía á la mejor sociedad, á juzgar por su traje y sus maneras. En su rostro pálido se veia el reflejo de grandessufrimientos físicos y morales. Llevaba la mano derecha atada, y aunque procuraba contenerse á veces, sin poderlo impedir, dejaba escapar suspiros ahogados.

—¿Es usted el doctor K...? preguntó con voz sorda y debilitada.

—Sí, señor.

Como vivo en el campo, no tengo el honor de conocer á usted sino de reputacion. Pero no puede decir que celebre conocerlo, porque la visita que le hago á usted no es nada agradable.

Viendo que el enfermo no podia sostenerse sobre sus piernas, el médico le invitó á sentarse.

—Estoy fatigado. Hace una semana que no duermo. Me ha venido algo á la mano derecha. No sé lo que es. ¿Será un carbunco? ¿Será un cáncer? Al principio el dolor era ligero, pero ahora es una quemadura continua, horrible, y cuya intensidad aumenta diariamente. No puedo sufrir más. Me lancé á mi carruaje y héme aquí. Vengo á suplicar á usted que me cauterice ó me corte la parte enferma, porque una hora más de semejante tortura me haria condenarme.

El médico quiso tranquilizarlo diciéndole que, sin recurrir al bisturí, se podria curar su mal con disolventes ó emolientes.

—No, no, señor, exclamó el enfermo; no hay emplasto ni emoliente que pueda aliviarme. Necesito bisturí. He venido á buscar á usted para que me corte la parte que tanto me hace sufrir.

El médico quiso ver la mano que el paciente le presentó haciendo crujir los dientes, tan insoportable parecia el dolor, y se puso á desligar con todas las precauciones imaginables el vendaje que la cubria.

—Antes de todo, doctor, le ruego que no le ilusione lo que vea. Mi mal es tan extraño que va á sorprenderle, pero le conjuro á que pase adelante.

K... tranquilizó al extranjero. En su calidad de médico, estaba acostumbrado á verlo todo. Nada podia asombrarle.

Lo que vió, sin embargo, cuando la mano estuvo desnuda, le dejó estupefacto. Nada anormal se distinguia, ni llaga, ni lesion. Era una mano como cualquiera otra. Aturdido, la dejó caer.

El grito de dolor del extranjero, que levantó con la mano izquierda el miembro enfermo, manifestó al doctor que no habia venido con la intencion de mistificarlo, sino que realmente sufria.

—¿Dónde está el lugar sensible?

—Aquí, señor, contestó el extranjero señalando en el dorso de la mano un punto en que cruzan dos venas gruesas, y todo su cuerpo se estremeció cuando el médico tocó allí ligeramente con la punta del dedo.

—¿Es aquí donde siente usted la quemadura?

—Ahí, y es atroz.

—¿Es sensible la presion cuando le toco con el dedo?

El hombre no respondió, pero las lágrimas le vinieron á los ojos; tanto era lo que sufría.

— Es sorprendente. No veo nada en este lugar.
— Ni yo tampoco; y sin embargo, lo que ahí siento es de tal manera horrible, que me vienen deseos de estrellarme de cabeza contra la muralla.

El doctor tomó un lente, examinó y movió la cabeza.

— Esta piel está llena de vida. La sangre circula regularmente. No hay inflamación interior, ni cáncer. Tan sana está allí como en cualquiera otra parte.

— Sin embargo, la creo un poco más roja aquí.

— ¿Dónde?

El extranjero sacó un lápiz de su cartera, trazó sobre su mano un círculo del tamaño de una moneda de á diez centavos, y dijo:
— Aquí.

El médico lo miró. Comenzaba á creer que su cliente había perdido el juicio.

— Quédesse usted aquí, le dijo, y en algunos días le curaré.

— No puedo esperar. No crea usted que soy un loco, un maniático. No es así como debe curarse. Ese pequeño círculo que he diseñado con el lápiz me hace sufrir torturas infernales, y he venido para que usted me haga una incisión.

— Eso es lo que no haré, dijo el médico.

— ¿Por qué?

— Porque su mano no presenta ningún desorden patológico. Tanto mal veo en el lugar que usted me señala, como en mi propia mano.

— Usted está creyendo seguramente que he perdido el juicio ó que me estoy burlando de usted, replicó el enfermo, que sacó de su cartera un billete de mil florines y lo colocó sobre la mesa. Ya ve usted, señor, que no se trata de niñerías y que el servicio que aguardo de usted es tan urgente como importante. Le suplico que me corte esa parte de la mano.

— Señor, le repito que ni por todos los tesoros del mundo me hará usted considerar como enfermo un miembro que está perfectamente sano, y mucho menos le cortaré.

— ¿Y por qué, pues?

— Porque un act o semejante haría dudar de mis conocimientos profesionales y comprometería mi reputación. Todo el mundo diría que usted es un loco y que yo he sido bastante bribon para explotar su locura ó tanto ignorante para no conocerla.

— Está bien. Entónces reclamo solamente de usted un pequeñísimo servicio. Yo mismo soy capaz de practicar la incisión. Mi mano izquierda será tal vez un poco torpe; no importa. Encárguese usted solamente de vendar la herida después de la operación.

Y el médico vió con asombro que aquel hombre extraño hablaba seriamente; que se quitó la levita, se arremangó las mangas de la camisa y tomó un bisturí con la mano izquierda.

En un segundo el acero había hecho una incisión profunda en la mano.

— ¡Deténgase usted! exclamó el médico, que temió que el paciente dañase por torpeza algún órgano importante. Ya que usted juzga indispensable la operación, sea.

Tomó el bisturí, y colocando en su mano izquierda la mano derecha del enfermo, le suplicó que mirase hacia otro lado, porque es insoportable para muchas personas la vista de su propia sangre.

— Es inútil. Soy yo, por el contrario, quien debe indicarle hasta dónde es preciso cortar.

Efectivamente; miró hacer la operación hasta el fin con la mayor sangre fría, indicando los límites de las secciones. La mano abierta no tembló en la mano del médico, y cuando el pequeño trozo de carne fué extraído, suspiró profundamente como hombre que siente una satisfacción enorme.

— ¿Ahora nada le quema ya?

— Todo ha cesado, dijo el extranjero sonriendo. El sufrimiento ha desaparecido completamente, como si hubiera sido sustraído con la parte cortada. El pequeño dolor que me hace sufrir el deramamiento de sangre, comparado con el otro, es como un viento fresco después de un excesivo calor. Realmente me ha hecho bien ver correr mi sangre. Déjela correr así.

El extranjero se deleitaba viendo salir la sangre de la herida. Fué necesario que el médico insistiera para que se le dejase vendar.

Hecho esto, el rostro del paciente se trasformó completamente. Nada de expresión dolorosa; una mirada impregnada de buen humor sonrió al médico. Nada de contracción en las facciones ni de desesperación. El gusto por la vida había vuelto; la frente se tranquilizó, el rostro recobró sus colores. Todo aquel hombre sufrió una transformación visible.

Una vez atada la mano, estrechó calorosamente con la que le quedaba libre la mano del doctor, y le dijo con cordialidad:

— Acepte usted mis agradecimientos más sinceros. Positivamente me ha curado. La pequeña remuneración que le ofrezco no guarda proporción con el servicio que usted me ha prestado. Durante el resto de mi vida procuraré hallar medios de pagar la deuda de gratitud que he contraído con usted.

El médico no entendía las cosas así, y no quiso aceptar los mil florines colocados sobre la mesa; el extranjero, por su parte, se negó á tomarlos, y viendo que el médico iba á enfadarse, le suplicó que los regalase á algún hospital y se fué.

K... le visitó algunos días después en su casa, donde permaneció hasta que la herida estuvo completamente cicatrizada, lo que sucedió sin el menor incidente. Durante ese tiempo, el médico pudo convencerse de que trataba con un hombre muy instruido, sensato y de opiniones muy positivas sobre la vida. Era rico y ocupaba una posición oficial considerable. Desde que se le sustrajo su mal invisible, no se veía en él ninguna huella de enfermedad moral ó física.

Terminada la curación, el hombre volvió tranquilamente á su residencia de campo.

Habían transcurrido tres semanas, más ó menos, cuando una mañana, á una hora tan inoportuna como la primera vez, el sirviente anunció nuevamente al extraño enfermo.

El extranjero, á quien K... se apresuró á recibir, entró en el salón con la mano atada, tembloroso y con las facciones descompuestas por el sufrimiento. Sin esperar que se le ofreciese un asiento, se dejó caer sobre un sofá. No pudiendo dominar sus sufrimientos, se puso á quejarse, y sin decir una palabra tendió su mano al médico.

— ¿Qué ha sucedido? preguntó éste estupefacto.

— No hemos cortado bastante profundamente, respondió con

vos sombría y jadeante. El dolor ha vuelto. Me quema más cruelmente que ántes. Me siento abatido. Mi brazo está rígido por el mal. No quería molestar á usted por segunda vez. He esperado creyendo que poco á poco la inflamación misteriosa subiría hasta la cabeza ó bajaría hasta el corazón, y pondría fin á mi existencia miserable; pero eso no sucede. El dolor no sale del punto circunscrito, pero este dolor es tal, es tan inexplicable... Mire mi rostro y lo concebirá.

La tez de aquel hombre estaba teñida de una palidez de cera, y un sudor frío corría por su frente. El médico desató la mano vendada. El punto operado estaba muy bien cicatrizado, una piel nueva se había formado y no se veía en ella nada de extraordinario. El pulso del enfermo latía suavemente sin fiebre, mientras que el desgraciado temblaba en todos sus miembros.

— Esto es maravilloso, exclamó el médico cada vez más sorprendido. Jamás había visto un ejemplo de un caso semejante hasta ahora.

— Es un horrible prodigio, doctor. No busque usted la causa, pero libreme de este martirio. Tome sus instrumentos y corte más profundamente extendiendo el círculo; esa es mi salvación.

El médico defirió á las súplicas del enfermo. Rehizo la operación, metiendo más profundamente el escalpelo, y vió nuevamente en el rostro del enfermo ese alivio admirable, esa alegre curiosidad por ver correr la sangre que había observado la primera vez. Cuando la mano estuvo vendada, la palidez mortal que le cubría desapareció visiblemente del rostro del enfermo, volviéndole los colores de la vida, pero no se sonrió. Esta vez le dió las gracias tristemente.

— Le agradezco á usted, doctor; ahora el dolor ha desaparecido una vez más. La herida se cicatrizará en pocos días: sin embargo, no le asombre si me ve reaparecer por aquí en un mes más.

— ¡Ah señor! rechace usted esas ideas.

— Sé perfectamente que el dolor volverá en un mes más, dijo el extranjero abatido. Pero cúmplase mi suerte, hasta la vista!

(Se concluirá.)

EL TABACO.

I.

El tabaco, conocido en las ciencias médicas con el nombre de *Nicotiana tabacum*, es clasificado y descrito por la Botánica del modo siguiente: «Planta pubescente y glutinosa, tallo derecho, cilíndrico, ramoso en el ápice, hojas oblongo-lanceoladas, puntiagudas, sentadas, las inferiores escurridas y medio abrazadoras. Flores bracteadas. Segmentos del cáliz lanceolados, desiguales y agudos; corola rosada con la garganta algo hinchada y las lacinias del limbo potentes puntiagudas. Es planta originaria de la América y que florece en verano.»

II.

Quando Colon en su primera expedición á las Américas desembarcó en la isla de San Salvador el 13 de Octubre de 1492, llamó sobremanera su atención el ver á los indígenas coger grandes hojas de esta planta, arrollarlas en forma cilíndrica, encenderlas por un extremo y por el otro aspirar el humo.

A este rollo, que no era ni más ni menos que un puro de nuestros días mal elaborado, le llamaban *tabaco*, nombre que aún hoy se aplica á esta clase de cigarrillos.

Los españoles le dieron este nombre tomado, según dicen algunos, de la isla de Tabago, una de las Antillas, donde vieron é hicieron las primeras plantaciones.

Los indios del Brasil y la Florida le llamaban *petun*.

Cartier dice también «que los naturales del Canadá tienen una yerba de que hacen provision en el verano después de haberla dejado secar al sol. Únicamente los hombres la usan, llevándola en bolsas colgadas al cuello, donde guardan un pedacito de piedra ó un trozo de madera hueca á manera de flauta. Reducen esta yerba á polvo, la ponen en la extremidad de aquella caña, colocan encima un tizon, aspiran luego el humo, y se llenan el cuerpo de tal manera, que les sale por la boca y por las narices, como sucede en nuestras chimeneas.»

Los viajeros y exploradores han observado en varias ocasiones que los salvajes é indígenas de aquellos países son tan aficionados á aspirar el humo de esta planta, que hasta en medio del combate preparaban y encendían sus pipas y aspiraban el humo, siendo entre ellos símbolo de paz y hospitalidad el ofrecer la pipa.

En los sacrificios le usaban también como incienso, y los adivinos se embriagaban con él diciendo que era el estado más digno y hábil para curar las enfermedades y predecir lo futuro.

III.

En un principio los europeos tuvieron extrema repugnancia á semejante costumbre; sin embargo, ya porque oyeran decir á los salvajes que su uso era muy bueno para la salud, ya por el espíritu de imitación ó curiosidad, tan propios de la condición humana, trataron de ensayarla, y áun cuando á los primeros ensayos la aspiración del humo les quemaba la boca como si fuese pimienta, concluyó al fin por agradales, dispensando más tarde al tabaco una gran acogida; entusiasmándoseles después hasta el extremo de constituir un ramo importantísimo de industria y comercio y casi una necesidad en la vida económica del hombre.

Los marinos fueron los primeros que por distracción hicieron uso del tabaco, costumbre que bien pronto se extendió por las costas: pero no sólo introdujeron el uso de aspirar el humo, esto es, de fumar, sino que introdujeron también el de mascar la hoja y aspirarla reducida á polvo por la nariz.

Sobre la costumbre de mascar el tabaco se dice que la introdujeron los marineros, ya por la incompatibilidad de estar fumando al hacer sus maniobras, ya porque se les prohibiera que fumaran en las embarcaciones por temor de que un descuido causara un fuego ó incendiara el polvorín ocasionando desgracias y pérdidas de buques.

Esta costumbre de mascar el tabaco se observa hoy en muchos fumadores de puros, que después de chupar las primeras bocanadas de humo dejan apagar el cigarrillo para mascarle poco á poco y saborear la salivación nicotiana que produce.

IV.

Al principio del siglo XVI todavía era insignificante la explotación y el cultivo del tabaco. En Cuba algunos propietarios cultivaban un pequeño número de plantas con objeto de surtir á las boticas, que era donde únicamente se vendía.

En 1560 Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, que tuvo conocimiento de los usos y propiedades de esta planta por medio de un mercader flamenco, le presentó al gran Prior y después envió algunas hojas á Catalina de Médicis, lo que dió ocasión á que se le llamara polvo *nicotiano*, tomando nombre de Nicot, y también se le llamó *polvo de la reina*. El pueblo francés lo recibió con tal entusiasmo, que hizo de él una panacea contra todos los males, llamándole *yerba santa*.

El cardenal Santa Croce, nuncio pontificio en Lisboa, y Nicolás Tornabuoni, legado en Francia, lo introdujeron en Italia; pero Alemania y Francia fueron las primeras naciones que generalizaron y abusaron del tabaco.

De Inglaterra se cuenta un caso gracioso referente á la impresión que causó el primero que introdujo la costumbre de fumar.

Sir Walter Raleigh, que en los primeros tiempos de la introducción del tabaco en Europa fumaba en secreto y encerrado en su gabinete, fué sorprendido por su criado una vez que éste entró de repente creyendo que no estaba allí su amo: el fámulo, al verle arrojar humo, salió espantado diciendo á voces que el cerebro de su amo se avaporaba en humo que arrojaba por boca y narices; y se cuenta que al mismo tiempo que decía esto y pedía auxilio, cogió un cubo de agua y lo vació de golpe sobre su amo para apagar el fuego.

De los árabes, que como es notorio son muy aficionados al tabaco, sobre todo á fumarlo en grandes pipas, lo cual les caracteriza, se dice que tienen una tradición fantástica sobre el origen de esta planta, tradición que es muy popular entre ellos y muy celebrada por sus poetas, que la cuentan de este modo:

Viajando una vez el profeta Mahoma por los desiertos del Yemen en invierno, estación en que á los reptiles acomete su letargo, encontró una víbora amortiguada por el frío. Compadecido el Profeta, bajó de su camello, cogió la víbora y la colocó dentro de la manga de su túnica con objeto de que el calor la restituyera la vida. Así fué; pues el reptil comenzó por moverse y concluyó adquiriendo su natural agilidad, pero no dejando de ser víbora, se volvió contra su bienhechor y le mordió en la mano. Acometido Mahoma de un fuerte dolor, arrojó el reptil lejos de sí, y lleno de justa indignación maldijo en nombre de Dios la irritante ingratitud cometida, maldiciendo con ella á los hombres que obraran del mismo modo.

El Profeta aplicó en seguida con fuerza sus labios á la herida, chupó y extrajo el veneno de la víbora, escupiendo después sobre la arena del desierto. En el este sitio en que cayó la saliva nació al punto una planta que creció de repente, produciendo hermosas hojas.

Los árabes que acompañaban á Mahoma quemaron algunas hojas en holocausto al Dios único y misericordioso que había salvado de la mortal picadura al gran Profeta, y en esta ocasión vinieron en conocimiento del extraño y delicado aroma que al quemarse exhalaban aquellas hojas.

Desde entónces los fieles musulmanes aspiran con religioso placer el humo de aquella yerba bendita, «porque su sabor participa de la amargura del veneno de la ingrata víbora y de la dulzura de la saliva sagrada del Profeta.»

V.

El tabaco en todos tiempos tuvo como enemigos á médicos, moralistas y físicos, que lo atacaron y pusieron de manifiesto sus perjuicios, con objeto de estirpar su uso.

Hubo una época en que sus adversarios prevalecieron, llegando á ser prohibido por todos los gobiernos. En Francia lo fué por un decreto en 1600. En Inglaterra, por el año 1604, declaró el rey Jacobo I que debía prohibirse como mala yerba, y en 1619, viendo lo mucho que se generalizó, se publicó un libro titulado *Misocapnos*, dirigido contra los fumadores.

En el año de 1672, el czar de Rusia prohibió absorber ó fumar tabaco bajo la pena del Knut, el tormento; la pérdida de las ventanas de la nariz ó de toda la nariz, según se delinquiera una ó más veces.

En Turquía Amurates IX prohibió la propagación de aquel narcótico, mandando cortar las narices y los labios á los que infringieran su mandato, y en Persia fué también prohibido por el Shah.

En Transilvania un decreto publicado en 1629 amenazaba con la confiscación de bienes á los que cultivasen el tabaco, y con multa de tres á doscientos florines á los que lo usasen.

Todas estas prohibiciones no consiguieron nada, pues la humanidad que redobla siempre su apetito y deseos hacía aquello en que encuentra prohibición, desarrolló por momentos las aplicaciones y usos del tabaco, dando lugar á extender é interesar su cultivo con el mucho gasto y el buen precio á que circulaba.

Aún hoy tiene enemigos, habiéndose constituido en Francia una Sociedad contra el abuso del tabaco (que convencida de la imposibilidad de extinguir su uso, no es un enemigo tan encarnizado como los de aquel tiempo).

VI.

La insensible introducción y generalización del uso del tabaco admitió en sus primeros tiempos el tomarlo en las iglesias, costumbre que como se echa fácilmente de ver era altamente censurable. El cardenal Camus, obispo de Grenoble, en sus ordenanzas sinodales, encarga mucho á los eclesiásticos se abstengan de él. En Roma empezó por prohibirse su uso en algunas iglesias particulares, y por fin el papa Urbano VIII publicó en 30 de Enero de 1644 una Bula, por la que prohibe bajo pena de excomunión, *ipso facto incurrenda*, á toda clase de personas, y con especialidad á los sacerdotes que tomen tabaco en las iglesias por el gran desarreglo que en ellas se ocasionaba, y la irreverente distracción que producía, no sólo su uso, sino también su preparación, pues como aún no se vendía picado, cada uno llevaba consigo un pequeño mazo para desmenuzar la hoja.

El uso del tabaco ha sido también materia tratada por teólogos y doctores en aquellos puntos de contacto que pueda tener con determinados sacramentos y ceremonias de la religión cristiana.

Distinguen entre tabaco de hoja y tabaco en polvo. En cuanto á este último, hay doctores que sostienen no es lícito tomar tabaco antes de celebrar la misa ó de comulgar, porque creen que tomándolo se quebranta el ayuno natural, y porque lo juzgan una falta de respeto á la Eucaristía.

Respecto al tabaco que se toma por la boca, bien masticándolo, ó bien en cigarros, hay tambien autores que opinan en pró y en contra. Pablo Zaguías, Silvio y otros creen que cuando se traga algun poco de jugo ó de humo se quebranta el ayuno natural, y por consiguiente aquel á quien esto suceda debe abstenerse de celebrar el sacrificio de la misa ó de comulgar; pero otros sostienen que no se quebranta el ayuno natural ni aun cuando se trague un poco de jugo de tabaco con la saliva ó un poco de humo.

Sin embargo de estas opiniones, es ciertamente una irreverencia y falta de respeto el hacer en estas circunstancias uso del tabaco, tan oportunamente llamado vicio por el vulgo, ya se mastique, se fume ó se tome en polvo.

El tercer concilio de Lima y el tercero de Méjico prohibieron á los sacerdotes tomar antes de decir misa tabaco de hoja, de cualquier modo que lo usen siendo por la boca.

Algunos, en vista de esta expresa declaracion de los concilios de Lima y Méjico, infieren que si es lícito tomar tabaco en polvo, no lo es, sin embargo, tomándolo de manera que cause vómitos, como sucede casi siempre en aquellos países, segun lo prueba Diana citando una ordenanza del Obispo de Canarias que no prohibe el uso del tabaco antes de celebrar sino por causar vómitos.

(Concluírá.)

LEON M. CARBONERO Y SOL Y MERÁS.

EXTRACTO DE LA «GACETA.»

Marzo.

DIA 8. Ministerio de la Gobernacion.—R. D. fecha 6, disponiendo que á los veinte dias, á contar desde esta fecha, se verifique la eleccion de un diputado á Cortes en el distrito de Roqueta (Tarragona) y otro en el de Belchite (Zaragoza).

Ministerio de Fomento.—R. O. fecha 25, declarando en vigor por el presente año la de 14 de Abril del anterior, sobre adelanto de la época de los exámenes ordinarios para los alumnos que no puedan examinarse en el tiempo reglamentario por haberles cabido la suerte de soldados.

DIAS 9 y 10. No contienen disposiciones de interés general.

DIA 11. Ministerio de Hacienda.—R. D. fecha 8, autorizando al Ministro de este departamento para presentar á las Cortes el proyecto de ley de presupuestos generales del Estado para 1878 y 79, cuyo articulado se publica en la misma.

DIA 12. Ministerio de la Guerra.—R. D. fecha 7, autorizando al Ministro del departamento para presentar á las Cortes un proyecto de ley reformando el reglamento de la Orden militar de San Hermenegildo.

DIA 13. No contiene disposicion alguna de interés general.

REVISTA.

Mucho tiempo hace que no comunico mis impresiones á los lectores de LA GACETILLA.

Y en verdad que me faltaba algo.

Es tan dulce referir lo que se siente, que con harta razon buscamos compañera.

Muchos sucesos se han verificado durante mi silencio, pero nada ha venido á sacarme de mi pereza, á no ser la algarazara que hemos armado al otro lado del Pirineo.

Antes vinieron los franceses á visitarnos y los recibimos á balazos.

Hoy se presenta en París un puñado de gentes de buen humor, en forma de estudiantes, y por poco no les encomiendan la direccion de los negocios del Estado.

Ya se ve, iban con la sonrisa en los labios, y la guitarra en la mano, y los creyeron ángeles.

En el estado de Europa, sólo los españoles somos capaces de divertirnos.

La prensa se ocupa con elogio de los que dan conciertos en París y bailan con la Mariscalá.

Nunca se han visto las columnas de los periódicos extranjeros tan llenas de elogios para esta nacion.

Casi pensamos que el Sol no se pone en los Pirineos.

Desgraciadamente esto no es más que un sueño.

Una broma tan pasajera como el Carnaval.

Aquí sólo pensamos en las ferias.

¡Ah! y en el hipódromo.

Los salones dejan paso á la Cuaresma, y todo lo más que se hace es recibir en confianza.

La duquesa de Santofia obsequia los lunes, con la delicadeza que le es propia, á sus amigos más íntimos.

Tambien continúan las comedias en casa del marqués de Campo, luciendo sus disposiciones las más encantadoras niñas de nuestra sociedad.

Parece mentira que haya petardos.

De teatros ¿qué diremos?

La Donadio, en el Real, se hace aplaudir cada vez más en union de Gayarre, que nos abandona el 19 del actual.

¡Bonito porvenir nos espera con el tenor Corzi!

Decididamente tiene desgracia el Sr. Robles.

La Sass está enferma. Nicolini y la Patti no vienen per man- cança di tempo.

En la Comedia se estrenaron anoche tres en un acto. Preocupaciones, que era la primera, no preocupó al público, que ni siquiera quiso conocer el nombre del autor, aunque decían era el Sr. Oliver.

Las tres rosas fué en cambio muy aplaudida, y el autor, D. Carlos Frontaura, obtuvo una ovacion; pero no pudo presentarse en el palco escénico por hallarse en Almería.

Ahí tienen ustedes el gobierno de aquella provincia quitando de recoger los lauros á su jefe. ¡Pícaro política!

Con el titulo de Una partida de ajedrez se representó, por último, una lindísima comedia original, que fué con justicia muy aplaudida.

El desempeño en las tres obras nada dejó que desear á la numerosa concurrencia que ocupaba las localidades del lindo coliseo de la calle del Príncipe.

¿Cuándo Saltará el Pasiego en la Zarzuela? Me temo que se rompa la cabeza.

En Apolo una insulsa compañía bufa, que á pesar de ser italiana, nada tiene que envidiar á la de Arderius.

El público no asiste, y lo aprobamos.

En el Español sigue el drama de Echegaray, que cada vez gusta ménos; pero al fin es del maestro y es preciso á la fuerza hacerle una distincion, aunque pierda el empresario.

No importa, todo va á la cuenta.

El que paga es el verdadero conde.

Los conciertos que se celebran los domingos en Rivas son magníficos.

En el primero se ejecutó la Marcha nupcial de Marqués y la Rapsodia húngara de Liszt, que no conocíamos aún y merecieron los honores de la repeticion.

Los éxitos aquí son más buscados.

Asisten todas las mujeres más hermosas de la Corte y donde la belleza premia, el arte se afana por recoger una palmada.

Sin saber música tuve intencion de entonar un duo con una americana que es capaz de volver loca á toda la manigua y haber pacificado la Isla si se hubiera presentado delante de los insurrectos.

Bien es verdad que para amar no es preciso otro maestro que el corazon ni más libro que los ojos.

ZAIDE MURO.

MISCELÁNEA.

Se anuncia la publicacion de un libro escrito por un misionero del siglo XIX que recorrió el interior del África, desde Marruecos á Sierra Leona, Dahamey, el Senegal y la Nubia, y desde Dougolah en el alto Nilo á Damiette.

Suponemos que ahora no preguntarán algunos periódicos que de qué sirven los frailes.

Al maestro de párvulos de Barbastro se le adeudan varias mensualidades, y la escuela hoy cerrada va á establecerse en un piso segundo, para subir el cual tendrán que salvar los niños 51 escalones.

Así podrá decirse que la escuela de Barbastro está montada á mayor altura que ninguna otra de España.

Los hortelanos de Valencia declarados en huelga entretienen sus ocios talando las huertas, propinando palizas y escribiendo anónimos con terribles amenazas á cuantos directa ó indirectamente se oponen á los propósitos de los huelguistas.

Está visto que no ganamos para sustos.

Dice un diario francés:

«Habiéndose encontrado en los bolsillos de Suleyman Bajá papeles que probaban sus proyectos contra el Sultan, fué metido en un saco y arrojado al mar, lo cual es un medio tan expedito como mahometano, para desembarazarse de los generalísimos.»

CHARADA.

Mi prima... ¡la mar!

mi segunda, te

receta el médico

una y otra vez.

Mi todo era un dios

que ya no lo es.

La solucion en el próximo número.

Solucion á la charada del número anterior:

JACA.—CAJA.

Le diré á usted: en países que no son mahometanos y en que hay derechos individuales, no se aplican esos medios para los generalísimos, aunque usted me los ponga en diminutivo; pero se citan casos de algunos que no eran generalísimos.

—¿Han visto ustedes el motin de los suizos del Papa?

—Hombre, yo no lo he visto, pero lo he leído.

—¡Ya!

Hace algunas noches estalló en la calle del Arenal un cartucho Lefauchaux aplastado por una rueda de un carruaje.

Segun La Correspondencia, ni el ruido asustó á nadie ni se aperturaron del caso muchas de las personas que pasaban por la calle.

Claro; la costumbre.

Estoy seguro que, al paso que vamos, los fuegos artificiales se harán con bala rasa, y las salvas de ordenanza con granadas y metralla.

Entre las obras cuya reciente aparicion anuncia la prensa, dos de ellas tienen los titulos siguientes: Manual del cochero; El buey suelto... ¡Qué falta de... estética!

Segun los diarios de Valencia, entre las personas detenidas á causa de los disparos de algunos petardos, se encuentran algunos jóvenes de buen porte.

—¿Lo ven ustedes? Va á ser hasta elegante, de buen tono, el disparar petardos por las calles.

Veintitres, veintitres demócratas de Cazalla de la Sierra han felicitado al Sr. Castelar por su discurso último... el del mosto.

Suponemos que el orador habrá contestado: ¡Gracias, amado pueblo, gracias!

«La ley establecerá la sancion penal con que se ha de conminar á los padres y guardadores que no cumplan los deberes que les impone la nueva ley de instruccion pública sobre la enseñanza obligatoria.»

Duro con ellos... La letra con sangre entra.

Yo creia, sin embargo, que la enseñanza debia propagarse por medios indirectos que la hiciesen amable y no por recursos extremos, que la harán odiosa; pero desde hoy... seguiré creyendo lo mismo que creia ántes.

CORRESPONDENCIA CON LOS SEÑORES SUSCRITORES.

Tarazona.—D. P. C. Se entiende su suscripcion desde el núm. 1.º y paga hasta 10 Marzo 78.

Sevilla.—D. A. S., pagó fin Marzo 78.

Serveto.—Doña M. G., fin Junio 78.

Tembleque.—D. J. M. C., pagó hasta 15 Marzo 78. Van los números que reclama.

San Clemente.—D. E. T. y M., hasta 10 Junio 78. Suscrito desde el núm. 1.º

Gerona.—D. I. V., hasta 10 Marzo 78.

Cogolludo.—D. V. D., hasta 10 Junio 78, mas 2 rs.

Piedrabuena.—D. L. G. R. Servidas las 10 suscripciones que pide.

Arconada.—D. R. R. Servida su suscripcion, cuyo importe se servirá remitir para no experimentar retraso en el recibo de los números siguientes.

Chiclana.—D. L. Gandarrias, hasta 10 Junio 78. Puede V. remitir los originales que guste.

Yesa.—D. C. T. Servido y pagó fin Marzo 78, pero la suscripcion debe hacerse por trimestres.

Bárgos.—D. V. P. B. Recibidos los 28 rs.

Játiva.—D. J. A. G., pagó fin Marzo 78.

Sitges.—D. J. A. C., idem.

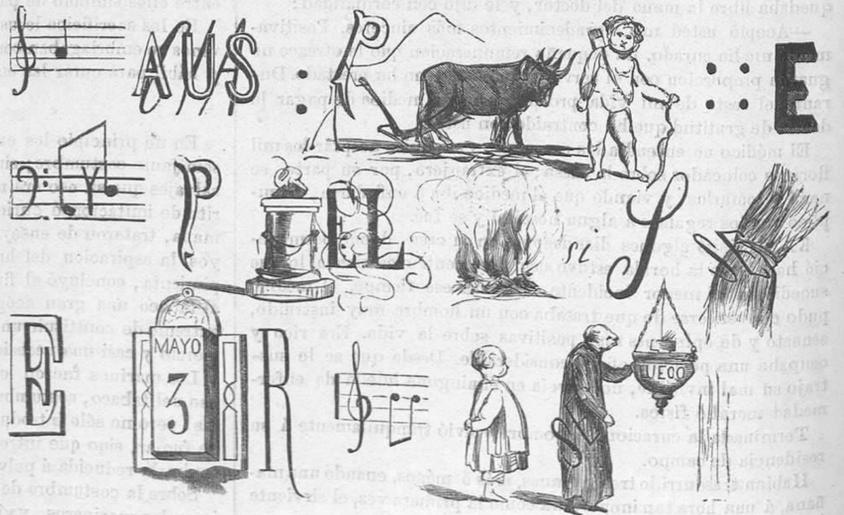
Puente la Reina.—D. P. G. B., fin Agosto 78.

Taragona.—D. R. B., fin Marzo 78.

Zaragoza.—D. A. W., idem, idem.

Cádiz.—D. P. S. y N., fin Junio 78.

JEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

Solucion al jerglífico inserto en el número anterior.

Por el mundo caminamos con una venda en los ojos, y casi siempre marchamos por entre espinas y abrojos.